

3

Antología
París
relatos

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De las respectivas obras: © Joaquín Leguina, José Luis Alonso de Santos, Miguel Ángel de Rus, Nelson Verástegui, Andrés Fornells, Kalton Harold Bruhl, Manuel A. Vidal, Francisco Legaz, Isabel Martínez Barquero, Juan Serrano, Teresa Iturriaga Osa, Elena Marqués, Rosario Martínez, Álvaro Díaz Escobedo, Joseba Iturrate, Carlos Ortiz de Zárate, Francisco José Peña Rodríguez, Frédéric Villar, La Vizcondesa de Saint-Luc, El Vizconde de Saint-Luc, Félix Díaz, Francisco Javier Illán Vivas, Julio Fernández Peláez y Alfredo Bryce Echenique, "Château Claire", Guía triste de París © Alfredo Bryce Echenique, 1999.

De las traducciones: © Vera Kukharava (Ruso), M.A. de Rus (Francés), José Luis García (otras)

De la edición: © M.A.R. Editor

www.mareditor.com

Edición y prólogo de Miguel Ángel de Rus

Febrero 2012

ISBN: 978-84-939322-0-6

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Fotografía de cubierta © mk-perspective-Fotolia

Depósito legal:

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO

París ha iluminado la literatura occidental. Novelas esenciales en nuestra memoria transcurren en París: en sus calles y edificios se desarrolla la sublime venganza de Edmond Dantés, Conde de Montecristo; es la ciudad donde se purifica Jean Valjean, protagonista de *Los Miserables* de Victor Hugo; en París, el teatral y grandioso Cyrano de Bergerac llega a la cumbre de la heroicidad, la irreverencia y el amor; es París el lugar elegido por Villiers de L'Isle Adam para mostrarnos cómo el conde D'Athol no podrá reunirse con Véra más que en la tumba y, por citar un último caso, en París asistimos, de mano de Proust, a la desaparición del mundo de Guermantes. Podríamos mencionar la presencia de París en la obra de Borges, Cortazar, Bryce Echenique, Mario Benedetti, Pío Baroja, Vicente Huidobro, César Vallejo, Gil de Biedma, Augusto Monterroso, Juan Luis Panero, Enrique Vila-Matas, Mario Vargas Llosa, Ernest Hemingway, Georges Simenon o Christian Andersen, pero por cada nombre escrito vienen a la memoria otros diez autores que merecen estar en nuestro recuerdo. París es una ciudad literaria, por cuyas calles paseamos con los ojos de cientos de escritores que nos la habían mostrado antes de conocerla, y cada palacio, cada casa burguesa, cada teatro, lo conocíamos antes de verlo, porque habíamos estado allí con nuestra imaginación. Para cualquier lector de los grandes clásicos, el encuentro con la catedral de Notre-Dame será siempre un reencuentro, porque en ella han estado nuestros sueños.

En París hemos vivido el romanticismo en las páginas de Prosper Mérimée, Madame de Staël, Vigny, Alexandre Dumas hijo y Alfred de Musset, y el decadentismo junto a Villiers de L'Isle Adam. Aprendimos el surrealismo junto a André Breton y Louis Aragon; el existencialismo de la mano de Albert Camus, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, y el París sórdido de Michel Houellebecq se nos muestra como símbolo de la decadencia de un Occidente cansado de su papel histórico.

París es también la toma de la Bastilla, las masas oprimidas rebelándose contra los poderosos, haciéndoles pagar sus abusos con la guillotina; es un pueblo heroico, brutal, sediento de sangre y autor de su propia historia que acaba con Luis XVI para comenzar una esperanzada época de libertad, igualdad y fraternidad; un momento histórico que guardaremos para siempre en la memoria gracias al arte de Delacroix. Es también la entrada terrible de los ejércitos del nazismo alemán y la llegada gozosa de la Liberación.

Ciudad creada como magnífico decorado desde el tiempo en que Haussmann diseñó el Bois de Boulogne, el Bulevar Saint Michel —entre otros—, diversos puentes y, cómo no, el edificio de la Ópera. Haussmann rediseñó la Place de l'Étoile (actualmente Charles-de-Gaulle), y creó importantes monumentos, como el Arco del Triunfo. La admiración por la soberbia arquitectura y el urbanismo de la época ha quedado viva en cuadros de pintores como Gustave Caillebotte.

El Sena le aporta parte de su majestuosidad y da sentido al final de suicidas y a la contemplación gozosa de los estetas. Por el Sena llegamos a Saint Germain des Prés y entramos en nuestros sueños en Le Tabou, en el Café Les Deux Magots o en el Café de Flore, donde nos encontramos con el espíritu de Boris



Gustave Caillebotte. Rue de Paris, temps de pluie.

Vian, Albert Camus o Sartre. La visita a aquellos lugares reales, o lo que de ellos queda, es tan simpática como escasa para quienes han vivido en ellos por medio de las palabras de los escritores admirados. Pero, en todo caso, los cafés antiguos de París, todos y cada uno de ellos, son visita imprescindible para el envenenado por la gran literatura, que encontrará en ellos el calor, la pasión y algo de añoranza, igual que al ver aquella amante a la que se reencontra pasadas las décadas, o a aquel amigo eterno de la adolescencia del que nunca más supimos. Las maderas y espejos de las paredes, las lámparas antiguas y elegantes en su decadencia, los mármoles, las pinturas de otro tiempo, reconfortan el alma de quien padece cotidianamente los virus del *esprit* moderno. El *Spleen* decimonónico se ha convertido en nuestro tiempo en angustia, prosa y desasosiego, por ello, refugiarse en la sala anticuada de un café creado para vivirlo en otra época, reconforta nuestra alma mortal, que si bien no desea perderse ninguno de los avances de la ciencia y la técnica de la era moderna, anhela el reencuentro de un tiempo y unas formas que —creemos— son sublimes. Bendito aquel que pudiera en nuestra época, pero fuera



Les Deux Magots.

de ella, leer un folletín decimonónico escondido tras una esquina mientras se lleva a los labios deseosos una taza de café caliente, humeante, a la luz de una lámpara, quizá, modernista.

Si bien la belleza y grandiosidad de París es también la de la Ciudad Luz, nuestro deseo de vivir París tiene más que ver con los efluvios del pasado, con el alma que allí dejamos errante alguna vez, que con los grupos de turistas que a la carrera contemplan todo cuanto pueden, sin apenas discernir. Por ello, por el pasado glorioso, bello y terrible de París, por los vestigios que nos abrazan tras cada esquina, por los amores que allí tuvimos o allí soñamos, M.A.R. Editor se presenta ante el mundo con un libro de relatos dedicados a la ciudad que iluminó nuestras mentes.

El primero de estos relatos comienza en la casa parisina de Alexandre Dumas, pero en realidad tiene su inicio en el cementerio del Père-Lachaise, uno de los más literarios del mundo, en el cual reposan escritores esenciales en nuestra cultura, como Honoré de Balzac, Pierre-A. Caron de Beaumarchais, Savinien Cyrano de Bergerac, Molière, Alphonse Daudet, Marcel Proust,

Alfred de Musset y Oscar Wilde; genios de la música como Chopin, Rossini o María Callas; artistas plásticos como Eugène Delacroix o Gustave Doré y el pensador revolucionario Paul Lafargue. Es una incitación a ir al cementerio —como hacen tantos visitantes de la ciudad— y sentarse a meditar junto a aquellos amigos muertos hace décadas o siglos y, ¿por qué no?, a conocer el lado más canalla de la Ciudad Luz.



Alexandre Dumas.

En este libro iremos de la mano de Honoré de Balzac a Los Inválidos; Daudet nos hará revivir las hadas de Francia, Villiers de L'Isle Adam nos mostrará a los desarrapados que vivían en medio de la grandeza, Guy de Maupasant nos revelará el destino de quienes se perdieron en la gran ciudad, el Marqués de Sade nos relatará los peligros que la ciudad canalla tiene reservados para la jovencitas inocentes, Frédéric Villar nos mostrará en un París actual y agresivo a quienes quieren defenderse pasando al ataque y... No, mejor no seguir, no descubrirlo todo, saber apenas que hay treinta y cinco formas de ver y de vivir París,



Wilhelm Camphausen. Guerra contra Prusia descrita en el relato «Las hadas de París». Bismarck y Napoleón III.

desde el pasado hasta el futuro, desde la belleza a la tristeza, desde los grandes monumentos a los rincones más olvidados.

Hay un París tomado por las tropas prusianas y un París lujoso de la Place Vendôme, iremos a Chanel y a la Gare d'Austerlitz, al París escenario cinematográfico, a la puerta de la catedral de Notre-Dame en diversas épocas, a las tiendas y los restaurantes más buscados por los turistas, y a un París, cómo no, de historias de amor. Pero, sobre todo, viviremos en estas páginas tantas vidas como relatos y nuestra finitud en el tiempo se convertirá en multiplicidad de vidas posibles. París es el lugar de los sueños y los recuerdos, el refugio y la huida. En estas historias, el viajero encontrará claves para descubrir París; el lector enamorado se encontrará con la ciudad antigua y amiga. En todos los casos, con una literatura exquisita, grandiosa, armoniosa y bella como las grandes avenidas, como las librerías de viejo, como las *boulangeries* y los cafés que han formado el imaginario de nuestros sueños.

Penetremos en el interior de París y descubramos todo cuanto nuestra imaginación nos permita.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

ALEXANDRE DUMAS

Baile de máscaras



ALEXANDRE DUMAS

(Villers-Cotterêts, Francia, 1802 - Puys, Dieppe, Francia, 1870).

Novelista y dramaturgo.

Autor de gran prestigio y extensísima obra, entre cuyas novelas se pueden citar: *Actea*, *Cecilia de Marsilly*, *Los hermanos corsos*, *Los tres Mosqueteros*, *El conde de Montecristo*, *Veinte años después*, *La reina Margot*, *La guerra de las mujeres*, *El bastardo Agenor de Mauleon*, *Las dos Dianas*, *El vizconde de Bragelonne*, *El tulipán negro*, *Olimpia de Cleves*, *El paje del Duque de Saboya*, *Un lance de amor*, o *Una noche en Florencia*.

Es autor asimismo de novelas cortas y cuentos como *Pedro el cruel*, *Erminia*, *El cura de Boulogne* o *Un viaje a la luna*.

También son muy conocidos sus libros de viajes, con títulos como: *Impresiones de viaje: Sur de Francia*, *A la orilla del Rhin*, *Un año en Florencia*, *La villa Palmieri*, *De París a Cádiz* y *Un Gil Blas en California*.

Dejó firmadas obras teatrales como *Enrique III y su corte*, *Antony*, *Don Juan de Maraña* y *Calígula*.

Avisé que no estaba para nadie, pero uno de mis amigos entró a pesar de la advertencia.

Mi doméstico me anunció al señor Antony R... Descubrí, detrás de la librea de Joseph, el pico de un rendingote¹ negro; lo más probable, que el que lo vestía, también hubiera visto una parte de mi batín. Imposible ocultarme:

—¡Muy bien! Que pase —dije en alta voz. —¡Que se vaya al diablo! —dije por lo bajo.

Cuando se trabaja, sólo la mujer amada puede interrumpir a uno impunemente; pues, de un modo u otro, siempre está en el fondo de lo que se hace.

Fui hacia él con el aspecto medio impacientado de un autor interrumpido en uno de los momentos en que más teme serlo. Pero le vi tan pálido y tan descompuesto que las primeras palabras que le dirigí fueron éstas:

—¿Qué tenéis? ¿Qué os ha ocurrido?

—¡Oh! Dejadme respirar —dijo—. Voy a contároslo; pero, ¡qué digo!, esto es un sueño o sin duda, estoy loco.

Se arrojó sobre el sofá y escondió la cara entre las manos.

Le miré con extrañeza: sus cabellos estaban mojados por la lluvia; sus botas, sus rodillas y el bajo de su pantalón, estaban cubiertos de barro. Me asomé a la ventana y vi a la puerta a su criado con el cabriolé: no entendía nada.

Él se percató de mi sorpresa.

—He estado en el cementerio del Père-Lachaise —me dijo.

—¿A las diez de la mañana?

—Estaba allí a las siete... ¡Maldito baile de máscaras!

1. Prenda entre la capa y el abrigo, abrochado por delante y abierto en la parte inferior.

No podía figurarme la relación que podía tener un baile de máscaras con el Père-Lachaise. Así es que me resigné, y volviendo la espalda a la chimenea, empecé a envolver un cigarrillo entre mis dedos, con la flema y paciencia de un español.

Cuando terminé de liarlo, se lo ofrecí a Antony, el cual de ordinario agradecía mucho esta tipo de atención.

Me hizo un gesto de gratitud, pero rechazó mi mano. Me agaché a fin de encender el cigarrillo: Antony me detuvo.

—Alexandre —me dijo—, escuchadme: os lo ruego.

—Hace un cuarto de hora que estáis aquí y no me decís nada.

—¡Oh! ¡Es una aventura muy extraña!

Me erguí, puse mi cigarro sobre la chimenea y me crucé de brazos, resignado; pero empezaba a creer —como él— que muy bien podía haberse vuelto loco.

—¿Os acordáis de aquel baile de la Ópera, en que os encontré? —me dijo, después de un instante de silencio.

—¿El último, en el que había doscientas personas como mucho?

—El mismo. Os dejé con la intención de ir al Variedades, del cual me habían hablado como cosa extraña en medio de nuestra extraña época: usted quiso disuadirme de que fuese; la fatalidad me empujó a aquel sitio. ¡Oh! ¿Por qué no ha visto usted aquello; usted, dedicado a mostrar las costumbres? ¿Por qué Hoffman o Callot no estaban allí para pintar aquel cuadro fantástico y burlesco que se desarrollaba ante mis ojos? Acababa de dejar la Ópera, vacía y triste y encontré una sala llena y desenfrenada: corredores, palcos, plateas, todo lleno. Di una vuelta por la sala: veinte máscaras me llamaron por mi nombre y me dijeron el suyo. Eran celebridades aristocráticas o financieras bajo vulgares disfraces de pierrots, de postillones, de payasos o de verdule-

ras; todos jóvenes de nombre, de mérito; y allí, olvidando familia, artes y política, reedificaban una tertulia del tiempo de la Regencia en medio de nuestra época recta y severa. ¡Me lo habían dicho y, sin embargo, no quería creerlo! Subí algunas gradas, y, apoyándome sobre una columna, y medio escondido por ella, observé aquella ola de criaturas humanas que se movían a mis pies. Aquellos dominós de todos los colores, los vestidos pintarrajeados, los grotescos disfraces, formaban un espectáculo que no tenía semejanza con nada humano. La música comenzó. Aquellas extrañas criaturas se agitaron al son de la orquesta cuya armonía llegaba a mis oídos en medio de gritos, risas y algarabía; se cogieron unos a otros por las manos, por los brazos, por el cuello; formaron un gran círculo, bailarines y bailarinas pateando, levantando con ruido un polvo cuyos átomos hacía visibles la pálida luz de las arañas; dando vueltas con creciente velocidad, extrañas posturas, gestos obscenos, gritos trastornados: girando cada vez con más rapidez, tirados por el suelo como borrachos, dando alaridos como mujeres perdidas, con más delirio que alegría, con más rabia que placer: semejantes a una cadena de condenados que hubiesen cumplido, bajo el látigo de los demonios, una penitencia infernal. Sentía el viento que producían en su carrera: cada uno de los que me conocía me decía, al pasar, alguna palabra que me hacía enrojecer. Todo aquel ruido, todo aquel murmullo, toda aquella confusión, toda aquella música, estaban en mis oídos tanto como en la sala. No sabía si lo que tenía ante mis ojos era sueño o realidad; llegué a preguntarme si no era yo el insensato y ellos los razonables: se apoderaban de mí extrañas tentaciones de arrojarme en medio de aquel pandemónium, como Fausto a través de las regiones infernales, y sentí entonces que gritaría, gesticularía y reiría como ellos. De aquello

a la locura no había más que un paso. Estaba espantado y me lancé fuera de la sala, perseguido hasta la puerta de la calle por aullidos que parecían aquellos rugidos de amor que salen de la caverna de las bestias salvajes.

Me detuve un instante bajo el pórtico para calmarme. No quería aventurarme tan confuso en la calle: muy probablemente me hubiera atropellado un coche. Estaba en ese estado en que se encuentra un hombre borracho que empieza a recobrar la suficiente razón en su cerebro ofuscado para darse cuenta de su estado y que, sintiendo que recobra la voluntad, pero no aún el poder, se apoya inmóvil, con los ojos fijos y extraviados, contra un poyo de la calle o un árbol de un paseo público. En ese momento, un coche se detuvo: una mujer salió de él o, más bien, se precipitó.

Entró bajo el peristilo, volviendo la cabeza a derecha e izquierda como una persona perdida. Vestía un dominó negro y tenía la cara cubierta con un antifaz de terciopelo. Llegó hasta la puerta.

—¿Vuestra entrada? —le dijo el portero.

—¿Mi entrada?—respondió ella—. No la tengo.

—Pues, entonces, tomadla en la taquilla.

La mujer vestida de dominó volvió bajo el peristilo. Registró sus bolsillos.

—¡No traigo dinero! —exclamó—. ¡Ah! El anillo... Una entrada por este anillo —dijo ella.

—Imposible —respondió la mujer que vendía las entradas—; no hacemos negocios de ese tipo. —Y rechazó el brillante, que cayó al suelo y rodó hacia mi lado.

La mujer del dominó quedó inmóvil, olvidando el anillo y abismada, sin duda, en algún pensamiento. Recogí el anillo y se lo presenté.

Obrservé a través de su antifaz que sus ojos se fijaban en los míos; me miró un instante con indecisión. Después, de repente, pasando su brazo alrededor del mío:

—Es necesario que me paguéis la entrada —me dijo—. ¡Hacedlo, por piedad!

—Yo salía ya, señora, —le dije.

—Entonces dadme seis francos por este anillo, y me habréis hecho un servicio por el que os bendeciré toda mi vida.

Volví a ponerle el anillo en el dedo; fui a la taquilla y saqué dos entradas. Entramos juntos. Una vez llegados al corredor, sentí que vacilaba. Formó entonces con sus brazos una especie de anillo alrededor del mío.

—¿Sufrís? —le dije.

—No, no: no es nada —repuso ella—. Es sólo un desvanecimiento.

Me condujo al salón. Entramos en aquel gozoso Charenton². Tres veces dimos la vuelta abriéndonos paso con gran esfuerzo por entre aquella multitud de máscaras que se empujaban mutuamente: ella, estremeciéndose a cada palabra obscena que escuchaba; yo, enrojado de vergüenza de que me viesen del brazo de una mujer que escuchaba tales palabras. Después nos volvimos al extremo del salón. Se dejó caer sobre un banco. Permanecí de pie ante ella, con la mano apoyada en el respaldo de su asiento.

—Esto debe pareceros muy extraño —me dijo—: pero no más que a mí: os lo juro. Yo no tenía idea alguna de esto —miraba al baile—, pues ni aun en sueños he podido ver tales cosas. Pero me han escrito que él estaría aquí con una mujer. Y ¿qué mujer será esa que se atreve a venir a un sitio semejante?

2. Asilo para locos fundado en 1645 por los hermanos de la Caridad en la localidad francesa de Charenton-Saint-Maurice

Hice un gesto de asombro; ella lo comprendió.

—Quiere usted decir que yo también estoy aquí, ¿no es verdad? ¡Oh! pero es distinto: yo le busco, yo soy su mujer. Estas gentes vienen aquí impulsadas por la locura y el libertinaje, pero yo vengo por celos infernales. Hubiera ido a cualquier lugar a buscarle: por la noche a un cementerio, hubiera estado en huelga el día de una ejecución, y, sin embargo, os lo juro, cuando era joven, no he salido ni una sola vez a la calle sin mi madre. Estando ya casada, no he dado un paso fuera de casa sin ir seguida de un lacayo; y, no obstante, heme aquí, como estas mujeres perdidas: dando el brazo a un hombre a quien no conozco, avergonzada de la opinión que de mí habéis podido formaros. ¡Yo lo comprendo! Caballero, ¿habéis estado alguna vez celoso?

—Horriblemente —respondí.

—Entonces, seguramente me perdonáis y lo comprendéis todo. Conocéis aquella voz que os grita, como si lo hiciese al oído de un insensato: «¡Ve!». Conocéis el brazo que, como el de la fatalidad, os empuja a la vergüenza y al crimen. Sabéis ya que en tales momentos uno es capaz de todo, con tal que pueda vengarse.

Iba a responderle; pero se levantó de repente con la mirada fija en dos dominós que pasaban en aquel momento ante nosotros.

—¡Callaos! —me dijo.

Y me arrastró en su persecución. Me vi inmerso en una intriga de la que no comprendía nada; sentía vibrar todas sus cuerdas sin entenderla, pero aquella pobre mujer estaba tan agitada que resultaba verdaderamente interesante. Obedecí como un niño, tan fuerte es una pasión verdadera, y perseguimos a las dos máscaras, de las cuales una era evidentemente un hombre y la otra una mujer. Hablaban a media voz; sus palabras apenas llegaban a nuestros oídos.

—¡Es él! —murmuró ella—. Es su voz. Sí, es su estatura...
El más alto de los dos disfrazados se rió.

—¡Es su risa! —dijo ella—. ¡Es él, señor, es él! La carta decía la verdad. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Las máscaras avanzaron y salimos detrás de ellas. Subieron por la escalera de los palcos, y nosotros les perseguimos. No se detuvieron hasta que llegaron a la de la gran bóveda: parecíamos sus sombras. Un pequeño palco enrejado se abrió; entraron en él y la puerta se cerró tras ellos.

La pobre criatura que yo llevaba del brazo temblaba de agitación: no podía ver su cara; pero, apretada contra mí como estaba, sentía latir su corazón, temblar su cuerpo y estremecerse sus miembros. Había algo extraño en la manera como llegaban a mí los inauditos sufrimientos cuyo espectáculo se desarrollaba ante mis ojos, cuya víctima no conocía y cuya causa ignoraba por completo. Sin embargo, por nada del mundo hubiese abandonado a aquella mujer en semejante momento.

Al ver a las dos máscaras entrar en el palco y el palco cerrarse tras ellos, permaneció un momento inmóvil, como herida de un rayo. Después se abalanzó sobre la puerta para escuchar. Colocada como estaba, el menor movimiento denunciaría su presencia y la perdería: la tomé violentamente por el brazo, abrí el pestillo del palco contiguo, la arrastré allí conmigo, eché la cortina y cerré la puerta.

—Si queréis escuchar —le dije—, hacedlo desde aquí.

Se dejó caer sobre una rodilla y aproximó la oreja al tabique. Yo me mantuve de pie, al lado opuesto, con los brazos cruzados, cabizbajo y pensativo.

Todo cuanto había visto de aquella mujer me había hecho considerarla un verdadero tipo de belleza. La parte de su cara que

no ocultaba el antifaz era fresca, aterciopelada y redondeada; sus labios rojos y finos; sus dientes, a los que el terciopelo que llegaba hasta ellos hacía parecer más blancos, eran pequeños, separados y brillantes; su mano, modélica; su talle podía tomarse entre los dedos; sus cabellos negros, sedosos, se escapaban con exhuberancia del tocado de su dominó, y su pequeño pie, que apenas se dejaba ver bajo el vestido, parecía no sostener apenas aquel cuerpo, tan ligero, gracioso y etéreo. ¡Debía ser una maravillosa criatura! ¡Oh, quién la tuviera entre los brazos, quién gozara las facultades de aquel alma, empleadas en amar a otro hombre, quién sintiera sobre su corazón aquel palpitir, aquel estremecimiento, aquellos espasmos nerviosos, quién pudiera decir: «¡Todo esto lo produce el amor que siente por mí; por mí solo entre todos los hombres, es el ángel para mí destinado!» ¡Oh! ¡Ese hombre... ese hombre...!

Tales eran mis pensamientos, cuando de repente la vi levantarse, volverse hacia mí y decirme con voz entrecortada y furiosa:

—Caballero, soy hermosa: os lo juro. Soy joven, tengo diecinueve años. Hasta ahora he sido pura como el ángel de la creación. Pues bien... —echó sus brazos alrededor de mi cuello— soy vuestra... ¡Tomadme!

En ese mismo instante sentí sus labios pegarse a los míos, y la impresión de un mordisco, más que la de un beso, corrió por todo su cuerpo tembloroso y enloquecido por la pasión: una nube de fuego pasó por mis ojos.

Diez minutos después, la tenía entre mis brazos, desmayada, medio muerta, sollozando.

Poco a poco volvió en sí. Distinguí a través de su antifaz sus ojos extraviados; vi su cara pálida, que sus dientes entrechocaban, como si estuviese poseída de un temblor febril. Aún la sigo viendo.

Recordó lo que acababa de pasar y cayó a mis pies.

—Si me tenéis alguna compasión, me dijo sollozando, alguna piedad, apartad vuestra vista de mí, no intentéis nunca reconocerme: dejadme marchar y olvidadlo todo. ¡Ya me acordaré yo por los dos!

Tras estas palabras se levantó rápida como el pensamiento que huye de nosotros; se abalanzó hacia la puerta, la abrió, y, volviéndose aún una vez, me dijo:

—¡Caballero, no me sigáis; en nombre del cielo, no me sigáis!

La puerta, empujada con violencia, se cerró entre ella y yo, ocultándomela como una aparición. ¡No he vuelto a verla!

No la he vuelto a ver. Y en los diez meses que han pasado desde entonces la he buscado por todas partes, en los bailes, en los espectáculos, en los paseos. Cuantas veces veía de lejos una mujer de talle fino, de pie infantil y de cabellos negros, la seguía, me aproximaba a ella, la miraba de frente, esperando que su rubor la descubriese. ¡En ninguna parte la he vuelto a encontrar; en ninguna parte la he vuelto a ver... sólo en mis noches, en mis sueños! ¡Oh! Entonces ella volvía, sentía sus abrazos, sus mordiscos, sus caricias ardientes, que tenían algo de infernal; después el antifaz caía y la cara se presentaba a mis ojos como algo extraño, tan pronto velada, como cubierta por una nube; como brillante, rodeada de una aureola; o pálida, con el cráneo blanco y pelado, con las órbitas de los ojos vacías, y los dientes vacilantes y raros. En fin, desde aquella noche no vivo, ardiendo por un amor insensato por una mujer a quien no conozco, esperando siempre y siempre engañado en mis esperanzas, celoso sin tener el derecho de serlo, sin saber de quién debía estarlo, sin atreverme a manifestar a nadie tamaña locura, y, sin embargo, perseguido, acabado, consumido y devorado por ella.

Al acabar estas palabras, sacó una carta de su pecho.

—Ahora que os lo he contado todo, —me dijo— tomad esta carta y léedla. La tomé y la leí:

Tal vez hayáis olvidado a una pobre mujer que no ha olvidado nada y que muere por no poder olvidar. Cuando recibáis esta carta ya no existirá. Entonces, id al cementerio del Père-Lachaise, decid al conserje que os enseñe, de las últimas tumbas, una que llevará sobre su piedra funeraria el sencillo nombre de Marie, y cuando estéis en presencia de esta tumba arrodillaos y rezad.

—Y bien —continuó Antony—; recibí esta carta ayer y he estado allí esta mañana. El conserje me condujo a la tumba y he permanecido ante ella dos horas, arrodillado, rezando y llorando. ¿Comprendéis? ¡Aquella mujer estaba allí!... ¡Su alma ardiente había volado; su cuerpo, consumido por ella, se había doblado hasta romperse bajo el peso de los celos y los remordimientos! ¡Estaba allí, bajo mis pies, había vivido y muerto desconocida para mí, desconocida... y ocupando un lugar en mi vida como lo ocupa en la tumba; desconocida... y encerrando en mi corazón un cadáver frío e inanimado como el que se yacía depositado en el sepulcro! ¡Oh! ¿Conocéis algo parecido? ¿Habéis oído algún acontecimiento tan extraño? Así es que ahora adiós mis esperanzas, pues jamás volveré a verla. Cavaría su fosa y allí no podría encontrar ya los restos con que recomponer su rostro. ¡Y continuó amándola! ¿Comprendéis, Alexandre? La amo como un insensato; y me mataría al momento para unirme a ella si no supiese que ha de permanecer desconocida para mí en la eternidad, como lo ha sido en este mundo.

Tras estas palabras, me quitó la carta de las manos, la besó repetidamente y se puso a llorar como un niño.

Lo tomé en mis brazos, y, no sabiendo qué responderle, lloré con él.

HONORÉ DE BALZAC

La cúpula de Los Inválidos
Alucinación

